

Linden Hills
Gloria Naylor

Linden Hills

Gloria Naylor

Traducción de
Shannel Julius y Blanca Gago

Nørdicalibros
2024

Título original:

Linden Hills

© 1985 by Gloria Naylor

This edition is published by arrangement with
Sterling Lord Literistic and MB Agencia Literaria

© De la traducción: Shannel Julius y Blanca Gago

© De esta edición: Nórdica Libros S. L.

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57

info@nordicalibros.com

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-10200-04-3

Depósito Legal: M-1517-2024

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Kadmos (Salamanca)



Diseño de la colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Abuela Tilson, tengo miedo del infierno.

No hay nada que temer, el infierno está en la tierra.

Me refiero al infierno de verdad, al que puedes ir cuando te mueres.

No tienes que morir para ir al infierno de verdad.

¿No?

Ajá, solo tienes que vender ese espejo de plata que Dios apoyó en tu alma.

¿Venderlo a quién, al diablo?

No, hijo, solo al mejor postor. Al mejor postor.

*Para mis padres,
Roosevelt y Alberta Naylor*

Durante años, no hubo consenso sobre la ubicación exacta de Linden Hills. Todo aquel relacionado con el condado de Wayne discutía sobre ello: los censistas, los topógrafos de la ciudad, los agentes inmobiliarios, la oficina de correos y la mezcolanza de negros y blancos que llevaban ciento sesenta años viviendo en sus límites. Según indicaba el mapa original de 1820 que Luther Nedeed guardaba en la caja fuerte, consistía en una porción de terreno en forma de V, cuyos límites se extendían dos kilómetros y medio al sur desde el arroyo que bordeaba los altos pastos de Putney Wayne, a través de una empinada y rocosa pendiente de arbustos y tilos, bajaba pasado el cementerio del pueblo y moría en un extremo del camino frente al huerto de manzanos de los Patterson. No era un conjunto de colinas, ni siquiera una colina entera; solo la esquina norte, no muy fértil, de una meseta. Sin embargo, la tierra se aferró a la designación de Linden Hills con paciencia, ya que sus límites cambiaban con el paso de los años: se redujeron y expandieron para no incluir a nadie y, después, para incluir a casi todo el mundo en el condado de Wayne.

Lo que nadie cuestionó nunca era que los Nedeed siempre habían vivido allí. El tatarabuelo de Luther compró toda la cara norte de la meseta, desde lo que a día de hoy es el Primer Arco hasta Tupelo Drive, que, en realidad, ocupa los tres últimos tramos de ocho caminos sinuosos que rodean la colina. El tatarabuelo de Luther, de Tupelo (Misisipi), donde se

rumoreaba que había vendido a su esposa octorona¹ y a sus seis hijos por un dinero que empleó en mudarse al norte y obtener la tierra montañosa, dio a esa zona el nombre de Tupelo Drive. En aquel momento, a ninguno de los granjeros blancos le importaba una mierda qué nombre le pusiera, pues si un negrata loco quería ir tirando el dinero a cambio de una tierra dura que solo valía para poner unos tilos que ni llegaban a los diez centavos por dólar de una cuerda de roble o abedul,² allá él. Toda la parte baja de la tierra lindaba con el cementerio del pueblo. Había que ser tonto: ¿quién iba a querer las tierras junto a un cementerio, y más un tiznado conocido por cagarse de miedo con los espíritus burlones y esas cosas? Se embolsaron el dinero de Nedeed y se echaron unas buenas risas: la primera luna llena de Todos los Santos mandarían a los espíritus de paseo y a él, que iría pitando a llorarles para que volvieran a comprarle la propiedad. Eso si no la diñaba antes de hambre. No podía comerse los tilos, y bien sabía Dios que ni un mojón iba a crecer en esa tierra. Arena sí que le iba a dar, eso sí. Se partían de risa y se atragantaban con el tabaco de mascar. Sí, iba a cultivar mucha arena intentando llevar a una cuadrilla con una carreta por el matorral a por provisiones.

Sin embargo, Nedeed no intentó cultivar en Linden Hills. Construyó una cabaña de dos habitaciones al pie de la ladera, justo en medio, con la puerta y las ventanas orientadas a la pronunciada pendiente. Una vez terminada, era fácil verlo sentado delante al amanecer, a mediodía y al atardecer durante una hora entera; su rostro oscuro e inmóvil giraba despacio entre las lápidas de cal, los zarzales enredados y el tramo alto del oscuro bosque. Se sentó allí a todas horas durante siete

¹ Persona con una octava parte de sangre negra. (*Todas las notas son de las traductoras*).

² Expresión anticuada del inglés que expresa el porcentaje del precio sobre el valor real por cada dólar.

días exactos: los párpados gruesos e hinchados le subían y bajaban, y se estrechaban, escudriñadores, sobre unos ojos que parecían medir con precisión la profundidad y longitud de la luz que el sol proveía a su pequeña porción del mundo de los blancos.

«Me da que intenta pensarse la vida con esta tierra». No obstante, la victoria de estos quedó reemplazada por una pregunta mientras observaban a un Nedeed observando absorto la trayectoria del sol. Ninguno admitió que le faltaba coraje para caminar hacia él y exigirle explicaciones de lo que estaba haciendo. Había algo en el pequeño y achaparrado cuerpo de Luther Nedeed que impedía que esos hombres lo trataran como a un negrata, y algo en los ojos que, de inmediato, les impidió siquiera pensar en esa palabra. Se decía que sus ojos saltones podían cambiar de color a voluntad, y a lo largo de su vida se les asignarían todo tipo de colores, salvo el rojo. En realidad, eran de color marrón oscuro, un marrón tenue, pero, puesto que ningún hombre tenía resistencia moral para algo más que no fuera echarle un rápido vistazo a la cara —ya que esos enormes globos sin fondo podían revelar los pensamientos nocturnos de todo aquel que le clavara la vista—, los negros le miraban los pies o las manos y los blancos miraban por encima del hombro, hacia el horizonte.

A medida que el sol desaparecía en el séptimo día de su vigilia, Luther Nedeed fue cerrando los ojos despacio y sonrió. Patterson contaría luego que, un día que estaba acarreado sus manzanas del campo, la visión de Nedeed sentado allí, sonriendo como una de las momias paganas de Gipto, le hizo perder un año de cosecha del susto y, al llegar a casa, todas las fanegas del lado de Nedeed estaban llenas de gusanos. Eso declaró para justificar la construcción de una valla de más de dos metros en la cara norte de su huerto. Más cierto hubiera sido admitir que, sencillamente, no podía soportar ver a Nedeed arrastrando todos aquellos cadáveres hasta el patio; porque, al

día siguiente de la supuesta plaga de gusanos, Nedeed fue a comprar un tiro de caballos y un carro con forma de caja para emprender un negocio en la habitación trasera de la cabaña. Debido a su proximidad al cementerio, el trabajo no suponía mucho esfuerzo para los caballos con el coche fúnebre, y Nedeed sabía que, a diferencia del sur, en el norte no importaba si los negros y los blancos se enterraban juntos, siempre y cuando no vivieran juntos. Horrorizado por los informes de los males que yacían bajo la línea Mason-Dixon³ y por el grito de que «el único buen negrata es un negrata muerto», el Condado de Wayne dejaba muy claro que cualquiera de sus hermanos ébanos, buenos y muertos, era bienvenido a un entierro cristiano junto a una persona blanca los martes, jueves y sábados, es decir, los días asignados para funerales de gente de color.

Más tarde, Nedeed construyó cabañas de madera en la colina, desde lo que ahora era el Primer Arco hasta el Quinto Arco, y las alquiló a los negros de la zona, que eran demasiado pobres para cultivar y se ganaban la vida en los aserraderos o en la fosa de brea. También pretendió alquilar cabañas en Tupelo Drive, pero nadie quería ni oír hablar de la tierra del cementerio. Ya era nefasta la desgracia de verse abocados a vivir en las colinas, pero nadie los obligaba a vivir junto al cementerio y cerca de un tipo tan raro como Nedeed. Las noticias de que alguien se había mudado a Linden Hills siempre eran refutadas: vivían *encima* de Linden Hills, solo Nedeed vivía en Linden Hills. Incluso el granjero blanco que poseía la tierra de pastoreo sobre el arroyo, en la cima de la colina, se defendía de la acusación de tener tierras en Linden Hills: ese era un pueblo de monos y él allí no tenía ni una brizna de hierba; él estaba *frente* a Linden Hills.

³ Línea empleada para simbolizar el límite físico y cultural entre el norte y el sur de Estados Unidos.

Que nadie quisiera estar vinculado a esa tierra traía sin cuidado a Luther Nedeed. Gracias a que las cosas eran como eran, su negocio prosperó. Con el paso de los años logró construir una casa grande de tablillas blancas con un porche y una morgue de cemento en el sótano. Se marchó durante un tiempo, en la primavera de 1837, y a su vuelta trajo consigo a una esposa octorona. Se rumoreaba que había regresado a Misisipi para recomprar a la que había vendido a un tabernero acadiano,⁴ pero la muchacha que pasó a ocuparse de la casa del enterrador no podía tener más de veinte años, y Nedeed llevaba como propietario de Linden Hills casi diecisiete. Al invierno siguiente, ella le dio un hijo chaparro, rechoncho, moreno y con una expresión pétrea, inerte ya desde su nacimiento. El niño creció y heredó el nombre, el pecho ancho y las piernas arqueadas de su padre. Rana grande y rana pequeña, susurraba el pueblo a sus espaldas.

Luther dejó su tierra y su negocio a ese único hijo. Todos apostaban a que el viejo los vendería antes de que la palmara, ya que el pequeño Luther se había educado en uno de esos internados pijos, y seguro que tenía más sentido común que el viejo loco de Luther, el suficiente como para no aferrarse a esa colina sin valor. Sin embargo, el hijo regresó a la tierra y al negocio funerario, y soportó las bromas acerca de la propiedad de su padre sobre sus calladas espaldas. Parecía que la muerte del viejo Luther, en 1879, no se hubiera producido en absoluto, sobre todo cuando hablaban con su hijo y, sobre todo, cuando miraban aquellos párpados hinchados alrededor de los ojos sin fondo. También él trajo a una mujer octorona a la casa, la cual le dio un único vástago, otro Luther Nedeed.

Nada cambiaba en la casa de tablillas blancas al pie de Linden Hills. Ahora, otra generación de rana grande y rana

⁴ Miembro de la comunidad formada por descendientes de canadienses franceses situada al sur del estado de Luisiana.

pequeña atravesaba la colina cada primero de mes para cobrar las rentas. Lo que sí estaba cambiando despacio, muy despacio, era el ambiente del condado de Wayne. Las granjas desaparecían y crecían pequeños municipios en lugar de campos de maíz y frutales. El hijo de Putney Wayne vendió una cuarta parte de sus pastos a una fábrica de zapatos, y ahora las cenizas del humo de las chimeneas sobrevolaban los campos para posarse en la lana de las ovejas y tornar el césped de un azul ceniciento. Por eso, el nieto de Wayne pensó que el precio que un promotor galés le ofrecía por la tierra era un milagro; se embolsó el dinero y se marchó a Nueva York a la vertiginosa velocidad de cincuenta y cinco kilómetros por hora de las nuevas líneas de ferrocarril para no regresar jamás. El segundo hombre más rico del condado de Wayne compró un Oldsmobile de salpicadero curvado y anunció con orgullo que aquello tenía la potencia de tres caballos y que podía alimentarlo con una décima parte del coste del grano.

Sin embargo, el hombre más rico del condado de Wayne se asentaba en la parte más baja de Linden Hills y seguía llevando ataúdes de madera al cementerio con un carro y un caballo. El hijo del viejo Luther había pedido folletos de una nueva compañía de locomotoras inglesa llamada Rolls-Royce, que estaba dispuesta a diseñar y enviarle un coche fúnebre a medida, con un tablero de caoba y manijas de plata pura. Guardó los folletos en su escritorio bajo llave, fue a ver al segundo hombre más rico y le compró su tiro de caballos Cleveland por un precio irrisorio. Nedeed sabía que debía esperar casi hasta que la familia blanca más pobre del condado de Wayne tuviera un automóvil antes de permitir que los muertos negros viajaran en caoba y plata.

Al final, el hijo del viejo Luther pudo alquilar las cabañas de Tupelo Drive. A esos inquilinos no pareció importarles estar rodeados de un cementerio. Según las habladorías, todos

ellos eran asesinos, curanderos de raíces,⁵ oportunistas del norte⁶ y predicadores de palo expulsados del sur que necesitaban la corta memoria de los muertos y las largas sombras de los tilos para sus trapicheos izquierdistas. A Nedeed no le importaba cómo logaran pagar el alquiler siempre y cuando fueran puntuales el primer día de mes. Cuando el terreno de cinco acres alrededor de la funeraria se pobló, construyó un lago artificial —más bien un foso— de un total de dieciocho metros de ancho que rodeaba toda la casa y el terreno. Lo llenó de maleza de pantano, peces gato y patos. Ahora la única entrada al porche estaba en la parte posterior, tras un puente levadizo de madera y ladrillo que siempre mantenía bajado. Sus vecinos vieron las poleas en el puente y se ofendieron de inmediato. Parecía que Luther quisiera restregarles que era mejor que los demás, separarse de la escoria. Al fin y al cabo, todos sabían que había sido capaz de reformar la casa con tanto lujo —construyendo habitaciones adicionales y un tercer piso— tras haber financiado a los traficantes de armas de la Confederación años atrás. Un negrata simpatizante de los rebeldes que ahora presumía con dinero manchado de sangre. En secreto, apodaron aquel lugar «el Charco de la Verruga», un rincón ideal para acucillarse con su hijo de ojos de rana.

Aun así, todos siguieron pagándole la renta y permitiéndole enterrar a sus muertos. Y cuando los rostros de la colina cambiaron y el antiguo pueblo se transformó en una ciudad nueva a medida que las últimas tierras de cultivo daban paso a la construcción de viviendas, Nedeed se sentó en el columpio del porche y contempló el sol, que se movía como siempre en su mundo. Recordó a su padre y agradeció haber vivido lo

⁵ Curanderos negros tradicionales del sur rural que utilizan hierbas, raíces y pociones para curar.

⁶ El término original es *carpetbagger* (bolsa de alfombra), que se utiliza para referirse a los norteros que se mudaban al sur con el propósito de aprovecharse de la reconstrucción tras la guerra civil estadounidense.

suficiente como para ver sus palabras grabadas en el paisaje, lleno de cicatrices, del condado: «Déjalos que piensen como quieran; déjalos que digan lo que quieran, negros o blancos. Siéntate ahí a esperar y te harán un hombre rico gracias a las dos cosas que todos tendrán que hacer: vivir y morir». Nedeed observó cómo el sol, el siglo xx y el valor de su dura tierra en la colina se elevaban, arrastrándose tan lentos y sustanciosos como la última risa de la tumba de un hombre muerto.

Muy pronto, el recién formado Gobierno municipal se interesó por Linden Hills y trató de comprar el terreno al hijo del viejo Luther, que ahora también era muy mayor. El rechazo de este a venderlo proporcionó meses de empleo a peritos, agrimensores y asesores de obras públicas. La ubicación de Linden Hills hacía que la expropiación para construir un puente, un túnel o cualquier otro «bien público» fuera ridícula. Nedeed declaró a los asesores que si eran capaces de elaborar un plan para cualquier tipo de proyecto municipal, les regalaría la tierra desde las raíces hasta las hojas. En cambio, como pusieran un ladrillo en su propiedad para uno de esos proyectos privados de lujo —y apuntó con un dedo nudoso a la achaparrada réplica que tenía al lado—, él mismo arrastraría al condado de Wayne a la Corte Suprema. El ayuntamiento envió a buscadores de títulos y topógrafos a desenterrar reliquias de estatutos estatales y títulos desvanecidos, en busca de alguna cláusula que invalidara o restringiera el derecho de Nedeed a la colina. Al final, un abogado joven y ambicioso encontró un mandato del siglo xvii que prohibía que los pardos poseyeran, arrendaran o transfirieran propiedades en el condado de Wayne; por desgracia, la misma ley prohibía a los hebreos, católicos y adoradores del diablo ocupar cargos públicos. El alcalde Kilpatrick, que era católico, convocó una reunión de urgencia del consejo de la ciudad y, con seis votos a favor y ninguno en contra, logró revocar el decreto. Acto seguido, agradeció a todos su asistencia con tan poca anticipación, recomendó al joven abogado que buscara un

empleo fuera del condado de Wayne y decidió dejar a un lado el asunto de Linden Hills.

Nedeed, al ver que el Gobierno y las agencias inmobiliarias codiciaban tanto su tierra, decidió asegurarse de que nunca pudieran apoderarse de ella. Así, con su hijo al lado, fue por toda la colina del Primer Arco hasta el Quinto Arco y empezó a vender las parcelas por casi nada a los negros que vivían allí. Les hizo un contrato de arrendamiento de mil años y un día, siempre y cuando pasaran la propiedad a sus hijos. Y si querían venderla, tendría que ser a otra familia negra, o los derechos volverían a los Nedeed. Parecía que los Nedeed no tenían intención alguna de desaparecer, porque la paliducha novia del hijo estaba embarazada. A nadie le sorprendió que el bebé fuera varón y tuviera la tez, los ojos saltones y el nombre de pila del padre; todo eso ya era de esperar.

Nedeed dio la misma opción de mil años y un día a los inquilinos que alquilaron parcelas en Tupelo Drive, pero por esos no tenía que preocuparse. No podían mudarse de allí porque solo él los toleraba en su tierra. Linden Hills estaba desconcertada ante el comportamiento de Nedeed. ¿Por qué era tan amable con la gente de color cuando su padre había sido vendedor de esclavos y él mismo había vendido armas a la Confederación? Seguro que trataba de hacer las paces con los suyos antes de que el Señor lo llamara. «Dios te bendiga», suspiró una anciana ante su pergamino. «Que te bendiga a ti, lo necesitarás», pensó Nedeed mientras le volvía la espalda impertérrito.

Al igual que su padre, supo ver adónde se dirigía el futuro del condado de Wayne, el futuro de Estados Unidos. Sin duda sería blanco: guerras blancas respaldadas por dinero blanco para el poder blanco porque la mismísima tierra era blanca. Mírala. Oro blanco, plata blanca, carbón blanco para mover ferrocarriles y barcos de vapor blancos, combustible blanco para automóviles blancos. Bajo la tierra, a través de la

tierra, y, algún día, *sobre* la tierra. Sí, el mismísimo cielo sería blanco algún día. No sabía muy bien cómo lo harían, pero era el único lugar que les quedaba. Y cuando llegaran allí, no se llevarían a nadie negro con ellos. ¿Y por qué iban a hacerlo? Esas personas, su gente, nunca estaban a la par, siempre iban un paso por detrás o por delante, aún lloraban y se quejaban de la esclavitud y colgaban retratos del abolicionista Abraham Lincoln en esas chozas pavorosas. No podían hacer nada porque eran esclavos o porque estarían en el cielo. Siempre rezando y cantando sobre lo que hay más allá del cielo: «Dios te bendiga»; abre tu maldita Biblia, mujer, y verás que incluso las imágenes de tu dios son blancas. Bueno, sigue tratando de hacer las paces con ese dios blanco, sigue gimiendo y dando a los Nedeed más de medio año de sueldo para enviar un pedazo de carne podrido al cielo con estilo, en lugar de invertir ese dinero en bonos o tierras o incluso en el banco, a un interés del uno y medio por ciento. Sí, haz las paces con ese dios blanco que vive más allá del cielo... Él iba a tratar con el dios blanco que algún día sería dueño de ese cielo. Y tú y los tuyos lo ayudarían.

Claro, pensaban que era tonto... Mira a los tontos a quienes tenía que reclamar como suyos. Cuando se reían de ellos, se reían de él. Bueno, ya se enterarían. Esa cuña de tierra era suya... No podía gobernar, pero estaba seguro de que podía destruir. Podía ser una mosca en ese ungüento, una mancha en esa sábana blanqueada, y Linden Hills sería la prueba. Había dado a su gente varias de las propiedades más caras del condado. Tenían la tierra concedida por un milenio. Ahora había que dejarlos que se sentaran e hicieran lo que mejor sabían hacer: excavar la mina de carbón de otro, limpiar la casa de otro, mecer al bebé de otro. Y que aprendieran a hacer las cuentas suficientes para seguir pagando el seguro mensual, porque ya sabían leer lo suficiente como para creer que el cielo aún seguía esperando mientras escribían lo suficiente para

firmar las primas del seguro. En la última visión de Nedeed al cerrar los hinchados párpados, con su propia imagen inclinada sobre él, aparecían los del condado de Wayne obligados a desfilar por Linden Hills recibiendo el saludo de las criadas, chachas y mulas que estaban devolviendo el precio de ese sudor a su tierra y sus manos. Un escupitajo: un hermoso y negro escupitajo en el ojo blanco estadounidense.

No obstante, Nedeed no había previsto la Gran Depresión, en la que viviría su nieto. Esos años trajeron otra novia de piel pálida a la casa de las tablillas, la construcción de un depósito de cadáveres y una capilla, un garaje de tres plazas y la primera colección de coches fúnebres automatizados. También trajeron una ola de rumores sobre lo airoso que Nedeed logró salir de las dificultades, pues vendió todos sus bonos y acciones solo un día antes del crac del 29 y guardó su dinero en un ataúd, donde creció como las uñas de los muertos tras rociarlo con el polvo recogido de las tumbas de los bebés.

A Luther no le importaba lo que creyera Linden Hills sobre el modo en que había conseguido el dinero, pero pasó varios años considerando de qué modo debía invertirlo. Tras presenciar la crisis nerviosa de Estados Unidos durante los años treinta, se dio cuenta de que nada estaba más metido en las entrañas del país que el éxito. Los periódicos dominicales le decían lo que el sol había contado a sus antepasados muertos sobre los ciclos de los hombres: la vida está en lo material; en cualquier cosa alta, ancha y profunda. El éxito es el poder de obtener «más», más que los otros. Y la muerte es ver cómo esos otros gozan de ello. El sueño de su abuelo aún era posible: el hecho de que tuvieran esas tierras era una llaga para la comunidad, pero, para hacer que ese pus doloroso se derramara una y otra vez, Linden Hills tenía que ser un escaparate. Tuvo que convertirlo en una joya, una joya de ébano que reflejara el alma del condado de Wayne, pero reflejándola en negro. Había que exhibir el mármol y el

ladrillo, la velocidad y la elegancia, sí, y que todas esas migas de poder por las que murieron sus hijos uniformados se multiplicaran por diez y brillaran, tan brillantes que engendrarían sueños de reyes oscuros con consejeros oscuros liderando ejércitos oscuros contra el dios blanco y hacia un castigo que todos presumían injusto por unas represalias que venían de lejos. Sí, un brillo que provocaría pesadillas acerca de lo que los Nedeed eran capaces. Y los tontos nunca repararían en que —miró a su hijo, que jugaba con un dragón de juguete— ese brillo no era sino la luz de una colina de monigotes idénticos.

No habría ningún problema a la hora de financiar su visión. Solo necesitó tres llamadas y una carta para que se aprobara el estatuto que la nueva inmobiliaria de Tupelo necesitaba para financiar, construir y vender promociones privadas. Nedeed nunca dudó de su poder para construir las casas; el verdadero problema era decidir quién debería poseerlas. Eso era algo que no podía dejar en manos de sus abogados, así que, con su hijo al lado, Luther Nedeed empezó a visitar cada choza de la colina y a hablar con los inquilinos. Recorrió todo Linden Hills tal y como sería: por caminos sinuosos, extensos jardines y meridianas bien cuidados. Se plantó en la puerta de los chalés de imitación suiza, los tudores británicos y las casas urbanas de estilo georgiano flanqueadas por cenadores repletos de campanillas, glicinias y madreselvas. Las entradas para los coches estaban bordeadas de mimosas y las glorietas de jardín yacían a la sombra de los olmos, mientras que las caléndulas y lavandas poblaban las bases de las fuentes de mármol y las pajareras. Caminaba en silencio sumido en sus visiones, sabiendo que debía tener mucho cuidado en eliminar a todo aquel que produjera semillas capaces de tapar la luz de su comunidad. «Y las copas vacías dejan pasar una mayor cantidad de luz», pensó Nedeed en sus paseos de puerta en puerta por Tupelo Drive.

Comenzó por quienes pudieran estar más dispuestos a trabajar con él para levantar el futuro de Linden Hills. Los hijos de los parásitos y parias del sur, que solo podían ser bien recibidos por los muertos que bordeaban sus hogares, querían hallar el modo de olvidar y hacer que el mundo olvidara su pasado. Muchos ya se habían hecho con los generosos ingresos de sus familias y habían construido casas de madera en sus terrenos, con alambradas que rodeaban los jardines y patios traseros. Aparte del dinero recibido de sus padres, no sabían qué hacer con las turbias herencias de incienso, sangre y alcohol destilado que habían erigido las paredes que pintaban y blanqueaban una y otra vez, como para eliminar el hedor. Sí, estarían encantados de igualar dólar por dólar la inversión de la inmobiliaria de Tupelo para construir una comunidad de la que sus hijos se sintieran orgullosos. Que cuando sus nietos evocaran el pasado, este fuera Linden Hills. Y cuando necesitaran viajar al pasado, que fuera al ladrillo y mármol erigidos con la ayuda de ese hombre. Paredes fuertes y sólidas y pesados escalones de mármol, los mejores de la nueva comunidad, lo bastante fuertes y sólidos para enterrar cualquier reflexión adicional sobre otros comienzos por siempre jamás. La inmobiliaria de Tupelo les ofreció todo eso a cambio de sus recuerdos, un precio muy asequible.

El trabajo de Nedeed dio rápidos frutos en Tupelo Drive, pero, para subir el resto de la pendiente, tendría que andarse con cuidado. Casi todos los de esa parte estaban orgullosos de sus destartaladas habitaciones, humedecidas por el sudor de unos padres que habían invertido su dinero en los contratos de arrendamiento de mil años y un día. Las paredes pintadas, los dormitorios anexos y los patios de tierra bien rastrillados surgieron del trabajo de unas personas con esperanzas de construir un futuro a partir del pasado, no por encima de él. Esos eran los tontos que podían hacer el mayor daño si los dejaba quedarse. Había algunos allí arriba, en la

colina, en quienes había arraigado la creencia de que África podía ser más que una palabra, la esclavitud no había seguido su curso natural, Jesús era la salvación y los himnos del *blues* un bálsamo. Claro que Nedeed podía decirles que el progreso real se escribe con letras mayúsculas blancas, pero los padres de aquella gente habían sido analfabetos y ahí se asentaron, como prueba viviente de que se podía sobrevivir de todas formas. No, las personas así tenían la vista clavada en el milenio anterior y, de poder sentarse en Linden Hills un milenio más, tendrían hijos que soñarían con un verdadero poder negro que se extendiera más allá de los Nedeed; niños que tomarían esa cuña de tierra e intentarían convertirla en un arma real contra el dios blanco. Nedeed no iba a permitir que se cultivaran mentes lunáticas como las de Nat Turner⁷ o Marcus Garvey⁸ en Linden Hills, pues eso solo haría que los aplastaran a todos de nuevo.

Él sabía cómo detener aquello antes de que empezara. Siguió visitando Linden Hills y, como ritual previo a cada visita, se vestía con cuidado y vestía a su hijo, mientras pensaba que incluso una copa llena del líquido más oscuro dejaría pasar la luz si estaba lo bastante diluido. Al pisar los porches hundidos con sus lustrosos zapatos de cordones, Nedeed observaba cómo todos se fijaban en la raya planchada de su traje de lino, contaban los eslabones de la cadena de su reloj de oro y medían la calidad de los pantalones de gabardina de su hijo. Se fijaba en los ojos que le devolvían la oscura mirada con respeto y no con sospecha y, en silencio, fue eligiendo a quienes encontraron algún pretexto para que sus niños, en lugar

⁷ Nat Turner (1800-1831) fue un esclavo estadounidense que encabezó una rebelión fallida en 1831. Hoy en día es el ejemplo más destacado de resistencia contra el sistema esclavista estadounidense.

⁸ Marcus Garvey (1887-1940) fue un panafricanista que abogó por el retorno de los antiguos esclavos y sus descendientes a África. Fundó la Asociación Universal de Desarrollo Negro y la Liga de Comunidades Africanas.

de jugar en la calle o salir, se quedaran allí quietos y escucharan mientras los adultos hablaban de todo, desde las vicisitudes del clima hasta el precio del jabón. Entonces sabía que podría hablarles a gusto de la inmobiliaria de Tupelo, de sus fondos hipotecarios y sus becas a bajo interés para las universidades de Fisk y Howard,⁹ y ellos llamarían a sus hijos para que vieran a un mago: ven, mira, escucha y tal vez aprendas cómo hacerlo; cómo convertir el recuerdo de nuestras cadenas de hierro en cadenas de oro. Los campos de algodón que partieron las espaldas de tus abuelos pueden cubrir las tuyas con una gabardina. Mira, el camino de la salvación puede recorrerse con zapatos de cuero y cantarse con túnicas de coro hechas de lino. Nedeed casi sonrió ante tal simplicidad. Sí, invertirían su pasado y harían que sus hijos fueran aprendices del futuro de Linden Hills y olvidaran que el arte supremo de un mago no consiste en transformar, sino en hacer desaparecer las cosas.

Nedeed se deshacía de los inquilinos no deseados mediante la adquisición de los contratos o el engaño. Al final, fue capaz de librarse de la mayoría de los inquilinos de arriba de la colina, pero, al llegar al Primer Arco, se topó con un problema: la abuela Tilson.

—Yo solía pescar con tu padre en la poza de abajo, Luther. Él me dio esta parcela y no voy a soltarla, así que quítate de mi vista, con esos ojos de rana que tienes y la ranita de tu hijo. Ya conozco tus manías, igualitas que las de tu padre y todos los tuyos. Así que si tienes pensado quemar la casa mientras resulta que yo estoy dentro, tengo el título de propiedad y el testamento registrado en el ayuntamiento. Tu padre no era tonto y tampoco pescaba con tontos.

⁹ Fisk y Howard forman parte del conjunto de facultades y universidades históricamente negras; instituciones educativas destinadas, sobre todo, a la enseñanza de afroamericanos y fundadas durante el mandato federal de segregación.

Aunque los hijos, ya mayores, de la yaya Tilson aún no la habían hecho abuela, ella llevaba el apodo desde la niñez porque nació con cara de vieja y un color de estopilla engrasada. A través de su piel clara, todos podían ver la férrea personalidad que cubría. Nunca le importó enfrentarse a los Nedeed porque le gustaba lo que aprendía de sí misma a través de aquellos ojos sin fondo. Por eso, cuando Nedeed puso los pies en el primer escalón de su porche y, entre susurros, le pidió considerar su decisión, se quedó quieta un momento y luego escupió un fajo de tabaco justo al lado de sus carísimos zapatos. Con eso declaró que ya se lo había pensado y esperaba que, por fin, Nedeed entendiera la respuesta.

Este agarró la mano de su hijo y salió del jardín. Deja a esa arpía cascarrabias ahí, que se pudra. Un día se moriría, y entonces su hijo se ocuparía de los suyos. La inmobiliaria de Tupelo construiría alrededor de ella, encima de ella si hacía falta. Enterraría esa única tara en lo más profundo de la joya y nadie se daría cuenta.

Nedeed no vivió lo suficiente para darse el gusto de verla enterrada. De hecho, la abuela Tilson deambuló ante su tumba durante diez inviernos. En cambio, sí llegó a ver el bosquejo de su sueño realizado en la urbanización de los ocho arcos circulares con las mejores casas y las familias negras más ricas del condado. Cuando el ayuntamiento dividió las tierras en zonas, el pasto que pertenecía al ganadero de ovejas, Putney Wayne, pasó a llamarse avenida Wayne. Después de que dos niños blancos se ahogaran en el arroyo que separaba Linden Hills de la avenida, se erigió una barandilla de mármol a cada lado. Las ocho calles circulares que bajaban en curva por las paredes de la colina se llamaron Primer Arco, Segundo Arco, Tercer Arco... y el delegado del ayuntamiento quería llamar a todas así, hasta el Octavo Arco; pero las familias residentes en las calles recién nombradas del Sexto, el Séptimo y el Octavo Arco se le quejaron. Aquella área siempre se había conocido